

# La fiesta tradicional y el control del espacio público

BIENVE MOYA

La última fórmula que han creado e implantado con un éxito más que regular nuestros dirigentes políticos para calibrar la importancia (hemos de suponer que social) de cualquier manifestación pública, fiesta, recital, etc., es calcular el número de sus asistentes. Luego se trata de realizar una sencilla operación: a mayor número de asistentes, mayor éxito; la calidad, autenticidad, la bondad en suma de lo que haga o contemple el público en cualquiera de estos actos multitudinarios parece ser accesorio, superficial, pura anécdota, que en ningún caso alteraría el éxito de la macroconcentración. Lo importante pues, lo esencial será reducido a la capacidad que una celebración o representación en concreto tenga para atraer y concentrar público. Creo que no es necesario extenderse en ejemplos, los cuales deben estar en la mente de todos.

Esta parece ser la regla de oro por la cual se guía en este momento el poder político así como la mayoría de los mandarines de la cultura. También en esta regla general solemos ver coincidir los medios de comunicación y sus colaboradores habituales (apartando, desde luego, las honorables excepciones).

Así, cualquier manifestación que de antemano se prevea multitudinaria, será tenida en cuenta, y en principio a nadie debe ocurrírsele cuestionar su conveniencia. Por el contrario cualquier manifestación que se sospeche no llegar a concentrar un número de asistentes susceptible de ser *noticiable*, en un principio será puesta en duda su oportunidad, por muy cualificada que sea su autenticidad, idoneidad, calidad...

Parece pues, que hayamos entrado en un punto en que toda valoración de un acto público, y con ellos las fiestas populares y tradicionales, deba sostenerse sobre los postulados del mas puro economicismo, del marketing. Las leyes de la propaganda, palabra fea además de anticuada que hoy escondemos bajo el eufemismo y decoroso término de la publicidad, y las del máximo beneficio al mínimo coste (aunque aquí se trate, recordemos, de beneficios sociales), son aplicados hoy sin el más mínimo pudor ante toda propuesta cultural; mucho mas ante cualquier nueva o vieja propuesta de ocupación del espacio urbano por la fiesta popular o tradicional, tan bárbara, tan demodé, tan... imprevisible.

Haciendo un poco de historia inmediata podemos constatar como a finales de la dictadura las organizaciones político-sociales (partidos, sindicatos, AA. VV., etc.) parecieron hacer suya la fiesta popular por cuanto ésta



Bienve Moya. Animador socio-cultural.

poseía de capacidad de movilización y organización espontánea (en cualquier festividad subyace un esquema base de autoorganización conocido desde siempre –tradicionalmente– por toda la población). Todo el mundo, menos los franquistas, claro, consintió en ello y con entusiasmo. Como anteriormente ya he comentado no entra dentro de las posibilidades de este trabajo aportar pruebas de ello, que de todas formas son ampliamente conocidas por todos.

Después, al principio del régimen democrático, los mismos dirigentes de las antiguas organizaciones citadas y que ahora encabezaban los gobiernos locales, etc., aclamaron sin reserva la fiesta popular, incluso apoyaron su recuperación y su reinstalación en el espacio público que hubieran perdido. Pero con el paso de esta última década todos hemos podido constatar como esta inicial vocación y comprensión por y para con la fiesta tradicional (supongo que mas por lo de fiesta que por lo de tradicional) ha venido a parar por parte de la mayoría de sectores dirigentes en recelos cuando no en la actitud que hemos apuntado al principio.

Sirva como una escueta pero fundamentada muestra de mi tesis la ciudad de Barcelona. Durante los primeros años de la democracia el Ayuntamiento de esta ciudad realizó un gran esfuerzo para reconstruir y aún crear de nuevo donde fuera necesario el tejido socio-festivo, permitiendo, por ejemplo, y apoyando incluso la utilización de dos grandes vías de la ciudad para que sirvieran de gran marco para dos también de los actos festivos que mas posibilitan (en nuestro entorno cultural) la participación espontánea y desinhibida del ciudadano: el paseo de Gràcia para la Rua del Carnaval, y la Rambla para el Correfoc (desfile con fuegos artificiales).

Pero desde aquellos años 78 y 79 ha pasado mucho tiempo y hoy ni el uno ni el otro de estos espacios urbanos acogen ya los referidos actos festivos.

¿Qué es lo que ha operado en el intermedio para que se haya dado este cambio? Veamos si unas palabras del propio Alcalde de la ciudad pueden servir para darnos una clave.

En unas notas dadas a la prensa sobre la celebración de la Mercé (la fiesta mayor de Barcelona) de este mismo año, el 88, dice el señor Maragall: «El año 1978 los barceloneses comenzamos a ocupar, aun tímidamente, las calles y plazas de la ciudad con la voluntad de hermanar la cultura con las fiestas populares» (queda claro que para el señor Maragall, y para sus técnicos en la materia, cultura y fiesta no van necesariamente apareados. Prosigue el señor Maragall: «... cada vez mas la fiesta... necesita más espacios (dice) y más grandes para que podamos participar todos (para que quepamos todos juntos en un mismo espacio, es a lo que se refiere el señor Alcalde de Barcelona, o sino veamos como sigue). Al principio situamos los bailes en la plaza de Cataluña, luego continuamos en el Moll de la Fusta». Volvamos a dejar por unos instantes al señor Maragall para advertir que la plaza de Cataluña está situada en el mismo corazón de la ciudad mientras que el Moll de la Festa, donde fueron concentradas las grandes verbenas gratuitas y al aire libre, es un espacio, aunque muy agradable, totalmente separado del núcleo urbano por varios viales rápidos, al cual el propio Ayuntamiento tiene que dedicar un gran esfuerzo económico y propagandístico para promocionar. En sus notas el Alcalde continúa comentando: «Mas tarde seguimos esta tónica con Montjuïc, y ahora gracias a las obras de remodelación que se llevan a término en aquella montaña para las Olimpiadas, recuperaremos el Parc del Migdia, un espacio que en el futuro ha de servir para las grandes concentraciones ciudadanas. Podemos ver como el señor Maragall y sus técnicos se reafirman en su gigantismo.

Cabe comentar ahora que mientras Montjuïc, concretamente la Recta de l'Estadi, que es donde se llevaban a término estas fiestas, entre ellas la del PSUC, es un espacio urbano totalmente integrado a la ciudad, con todos los servicios a mano, el Parc del Migdia es una gran hoya en la montaña sobre la cual casi nadie conoce su exacta situación, pero que ofrece en cambio un excelente control para si se diera el caso de necesitar poner orden.

Ahí es donde pretenden concentrarnos los técnicos municipales del señor Maragall.

Antes mencionamos que la Rambla y el paseo de Gràcia habían servido de marco excelente para el Correfoc y el Carnaval. Bien, hoy el Correfoc, de la Rambla, el paseo de toda Barcelona, ha pasado a la Vía Laietana, avenida de edificios oficiales donde casi no existen vecinos. Asimismo la Rua del Carnaval, del paseo de Gràcia, avenida elegante y comercial, pasó, por presión de los comerciantes de la zona, presión para la cual el Concejal del momento tuvo desde el primer día la máxima comprensión. No así con las comisiones de barrio que pretendían aquel escenario por ser precisamente unos de los mejores salones urbanos de la ciudad; la Rua, pues, pasó al Paral.lel, vía que antaño fue la gran avenida de los espectáculos, pero que hoy sobrevive en medio de su decadencia.

Creo que no es necesario ahondar demasiado en los entresijos y los

motivos que han llevado este cambio con respecto al uso y ocupación del espacio público, ni cual es el pensamiento que los informa, los cuales me parece que están en la mente de todos.

En la segunda parte de mi ponencia quiero apuntar, aunque aparentemente me aparte del anunciado general de mi trabajo, y por ello intentaré resolverlo de forma breve, dos cuestiones las cuales, creo yo, actúan en paralelo en los entresijos del tema del cual me ocupo: el tema de los animadores socio-culturales, también llamados gestores o simplemente técnicos culturales. Y la cuestión de la renacionalización de lo tradicional.

Por el espacio que dispongo sólo podremos pasar sucintamente sobre estas dos cuestiones, aunque, habría que reconocerlo, en ellas se contempla parte de la problemática que motiva mi trabajo.

### El tema de los animadores socio-culturales

Después de la segunda guerra mundial, la formación de una Europa del gran desarrollo industrial donde grandes masas de población se han desplazado de sus territorios de origen para ocupar espacios suburbanos en las grandes ciudades, ciudades a su vez, que no pudieron aportar a sus nuevos habitantes la tradición cultural propia, esto junto con el superdesarrollo de los medios de comunicación e información, hizo que los gobiernos de los estados europeos pusieran en marcha durante años, con buenas, no tan buenas, o dudosas intenciones, programas de culturalización, reestructuración socio-cultural, etc. Estos programas, que en cada país variaron, pero que en general estaban informados sobre bases sociológicas parecidas, fueron servidos por una nueva serie de profesionales llamados animadores socio-culturales.

En el estado español, a partir de los años sesenta y por necesidad de luchar contra el uniformismo y la aculturación con que el franquismo educaba a la población, se creó de forma, aparentemente espontánea, otra figura (profesional no retribuido): el agitador cultural, figura que luego, a partir de la instalación del régimen democrático, vendría a confundirse con la que se creara en Europa.

Unos y otros han actuado hasta hoy en nuestro planeta cultural, social, político. Unos y otros han tomado en sus manos con mayor o peor fortuna la reorganización y continuación del tejido social de nuestras ciudades y villas, de la mayoría de sus movimientos socio-recreativos, espacios festivos y del ocio.

Unos, a los que nos permitiremos llamar autóctonos, porque fueron una respuesta a sus propias necesidades colectivas, actuaron y actúan aun, a manera de muletas para un enfermo (la sociedad civil bajo el franquismo) sobre la recuperación del cual no cabían dudas.

Los otros dieron por supuesto, y aun han hecho observar (y aquí lo anotamos con independencia del acierto del diagnóstico) que esta enfermedad no es tal sino una de tantas readecuaciones del hombre en su entorno.

Mientras los primeros trabajaron y siguen trabajando pensando en el día de su necesaria desaparición, los otros trabajan pensando en la inalterabilidad de la situación actual, una situación que los ha convertido, de facto, en necesarios.

Hoy, pues, según puede deducirse de la primera parte de mi trabajo, la primera opción (la de las muletas) ha sucumbido, o está a un paso de sucumbir bajo la supuesta tecnología avanzada de la segunda (la de la conformación).

### Sobre la renacionalización de lo tradicional

Referente a esta cuestión, creo que es fácil advertir hoy un nuevo intento por parte de los gobiernos central y autonómicos, de volver al viejo y desprestigiado modelo de una tradición (folklore le llaman ellos) que haga concordar la idea de estado (o de la parte de estado que le corresponde a cada gobierno) con la imagen estereotipada de la nación. El viejo y ajado mito del carácter nacional, de un solo y unívoco carácter nacional.

Así vemos como en Madrid el PSOE vuelve descaradamente a dirigir sus ojos y oídos al folklore de los flamencos (auténtico o pseudo) y de los trajes de faralaes. Y no tan solo es el gobierno quien sucumbe a la comodidad del estereotipo sino que a él se suman algunos sectores de la intelectualidad de izquierdas. Hace sólo unos meses Antonio Gala ha estrenado una nueva versión de Carmen, recreación de la anacrónica idea que en Francia aún tienen de la península Ibérica, que ellos llaman España.

Asimismo en Cataluña, el partido que gobierna en la Generalitat, así como el otro partido que detenta el poder en el Ayuntamiento de la capital catalana coinciden en seguir identificando de forma excluyente, Cataluña con la sardana y la región del Ampurdan. Cualquier tradición festiva o cultural que no responda a este cliché es tratada como mera peculiaridad o curiosidad residual, cuando no tachada de inconveniente, como se ha demostrado con la aplicación de una ley sobre los juegos de toros del parlamento catalán. Otro ejemplo de ello, éste mucho más flagrante, fue el ballet que representaba a la ciudad de Barcelona en Seul: unas bailarinas con trajes de faralaes bailando una sardana. Ni Fraga y sus monaguillos se hubieran atrevido a tanto.

Es evidente que las dos cuestiones apuntadas y la línea o líneas de actuación que prefiguran obran en detrimento, empobrecen la credibilidad y deterioran la capacidad de movilización de la fiesta. La mediatizan sensiblemente situándola en muchos casos al servicio de algo para lo cual no debería estar.

Nada más, sino recordar aquí las palabras de un político franquista, recogidas por unos periodistas valencianos, respecto al movimiento festivo de la ciudad de Valencia. Decía este político: «Las Fallas son un modo político de entretener a unos hombres para que hagan una determinada política, en una época que la política está prohibida para la mayoría y reservada a una selecta minoría».

Ya sé que hoy la práctica de la política no está prohibida, pero fíjense que sólo con cambiar «está prohibida» por «es prohibitiva», ya puede uno empezar a interrogarse.

